

para el estudio arqueológico. Si no temiese ponerme en contradicción con las reseñas que se me han facilitado, atribuiría la construcción de algunas partes del monumento á una fecha más remota. Una pequeña puerta gótica que da entrada á la iglesia subterránea, es de un carácter seductor. Frente al altar antiguo se encuentran los sepulcros de Enrique el Pajarero y de la emperatriz María, protectora del convento, al cual se retiró después de muerto su marido (1). «Este monasterio fue, al parecer, edificado lentamente. Empezado en 937, después de la muerte de Enrique I no fue concluido y dedicado hasta el año 1021, en presencia del emperador Enrique II y de la emperatriz Cunegonda. El acta de esta ceremonia contiene detalles muy curiosos: la basílica y el altar mayor (*supremum*), fueron consagrados por el obispo de Halberstadt; el altar del centro de la iglesia (*in medio ecclesie*), por el arzobispo de Magdeburgo; el del medio (*australe*) por el obispo de Paderborn; el del Norte (*aquilonare*) por el obispo de Misnia. La designación que se da á los dos últimos altares y el nombre de la basílica revelan muy claramente que la primitiva iglesia, dotada de una galería trasversal, tenía la forma legada á los antiguos templos del cristianismo por los edificios civiles de los romanos. Pero ¿cómo comprender la disposición de los altares mayor y del centro de la iglesia? ¿No deberá entenderse que el primero estaba en el fondo de la bóveda y el segundo al encuentro de la galería trasversal y de la nave, en el sitio donde más tarde se levantaron las cúpulas? Aquí tenemos pues, la imagen completa de una basílica latina.»

En las bóvedas de la iglesia están enterradas las abadesas de Quedlinburgo, é involuntariamente se detiene uno ante los restos mortales de la hermosa María-Aurora de Kæningsmark, amada de Augusto el Fuerte, rey de Polonia, y madre del mariscal de Sajonia. Su cadáver se halla en un perfecto estado de conservación, lo mismo que su vestido guarnecido de numerosos encajes á los que era muy aficionada: este es un espectáculo lastimoso. El conserje del castillo descubre el ataúd mediante algunas monedas.

El castillo data de muchas épocas y no ofrece el menor interés; sus departamentos están desnudos, blanqueados con cal y solo contienen algunos malos retratos al pastel: en una calle inmediata se observa una casa de aspecto pintoresco: es la en que nació Klopstock en 1724.

## IV.

Contornos de Quedlinburgo.—Blankenburgo.—El Teufelsmauer; el castillo de Blankenburgo.—El Regenstein.—El Hoppelberg; panorama.—Montañas volcánicas.—Peñascos de la Ermita.

Las inmediaciones de Quedlinburgo tienen un as-

(1) *De l'art en Allemagne*, Mr. Fortaul.

pecto alegre y animado. Se llega á Blankenburgo por encantadoras sendas que se extienden á lo largo de muchos arroyos que serpentean caprichosamente yendo á morir en el Bode.

Blankenburgo es menos pintoresco que las demás poblaciones que he visitado, á pesar del *Teufelsmauer* ó la muralla del diablo. La ciudad es animada y bonitos sus paseos, pero el castillo que la domina es de un aspecto pesado y no ofrece grande interés: pertenece en la actualidad al duque de Brunswick. Asegúrame mi huésped que en 1798 lo habitó el rey Luis XVIII, y hasta quiso acompañarme al castillo para que se me suministrasen pormenores exactos sobre el particular; grande empeño mostró en ello y no me costó poco trabajo el hacerle comprender que era más que suficiente para mí su palabra. En cambio solicité de él me acompañase en una excursión á las ruinas de Regenstein.

Este castillo fuerte construido en la cima de una escarpada roca fue edificado en 919 por Enrique el Pajarero: el edificio y la roca no forman hoy otra cosa que un montón de piedras que se confunden. El color uniforme del paisaje recuerda aquellas numerosas ruinas parduscas que se encuentran en el Mediodía de Francia.

Más allá se distingue el Hoppelberg ó la montaña del féretro, llamada así por su forma extraña. Este es el punto más elevado del Harz inferior; su subida es fácil y se descubre desde allí por el lado del Norte, el Brocken y un horizonte muy estenso.

Bajando por esta parte de la montaña se llega á un grupo extraño de peñascos, al que se llama las montañas volcánicas, parecidas á colosales montañas de arena. Al anochecer ó en tiempo sombrío, esta gran línea dentada que se destaca en el horizonte, parece continuar indefinidamente, sombreada por las fajas grises del cielo que prestan al paisaje un aspecto triste y severo. Al regreso se extravió mi guía por aquellos innumerables valles y nos sorprendió la noche antes de que encontrásemos el camino. Afortunadamente el ruido de un carruaje nos atrajo al camino que debía conducirnos á Blankenburgo después de una ruda jornada.

El día siguiente fué á ver las rocas de la Ermita que se encuentran en la misma dirección, enormes peñascos pelados que tienen un aspecto monumental. Cuando se les considera con la fuerza del sol en un día brillante y sereno, se cree uno transportado á Oriente y en presencia de una de aquellas vetustas construcciones cubiertas de inscripciones geroglíficas.

## V.

Rostrappe.—Efecto de un hermoso día.—Leyenda.—Bajada de la montaña.—Valle de las brujas.—Superstición de los campesinos del Harz.—El Hexen-tanz-platz.—Sinfonía imaginaria.—Regreso á Thale.

Visitó al Rosstrappe con un tiempo admirable, pónense alegremente en marcha las numerosas caravanas; la jornada promete ser deliciosa. El cielo está azul claro, las hojas relucientes de los árboles reflejan en parte aquella luz fina y chispeante: la naturaleza entera parece regocijada: ésta es una de aquellas jornadas en las que todos los hombres parecen buenos y dichosos.

Una cigüeña posada sobre una chimenea considerada con aire grave y atento aquellos grupos que pasan por debajo de ella con la alegría en el corazón. Los gorriones que han elegido domicilio en su nido, y aletean y pían á su lado, no consiguen distraer su vista atenta y fija, con aire resignado, en aquellas escenas de felicidad que la rodean.

El camino que conduce al Rosstrappe no está muy conservado, pero se anda con facilidad. Cuando hubimos llegado á la parte más elevada de él nos enseñó el guía un grabado de forma de herradura, y que ha dado aquella localidad el nombre de Rosstrappe.

La princesa Hildegarda vivía con su padre en un castillo situado en las inmediaciones del Bode. Aquella joven, de una belleza estremada y de carácter osado, era muy aficionada á dar largos paseos montada en su caballo favorito. Aproximóse un día á una gruta habitada por un gigante, y éste, que más de una vez había espionado sus pasos, concibió la mala idea de perseguirla: salió á escape el caballo de la princesa, atravesó el valle de un salto y fué á dar en una enorme piedra situada al borde de un precipicio. Las dos piernas del bruto no encontraron punto de apoyo y fue aquel rodando con su dueña al fondo, cayendo en el hoyo de Crefal, escavación del Bode. Cuando disminuye su corriente, dícese que algunas veces se descubre en el fondo del río la corona de la princesa que permanece en él viva y de pie. Cuéntase, que hallándose un día reunidos en aquel sitio muchos leñadores, uno de ellos quiso intentar el sacar del agua á la princesa: sumergióse al efecto varias veces en el río para atraerla á la superficie, pero la impetuosa corriente le obligaba siempre á alejarse: á la tercera tentativa se hallaba cerca ya de lograr su objeto cuando de repente desapareció entre las aguas arrastrado por una mano invisible: algunos momentos después vieron los que allí se hallaban, con espanto, un rastro de sangre reflejado en su cor-

riente. Al sacrificar la princesa á su víctima, expresaba la voluntad de que no fuese turbado el lugar de su sepultura. Los campesinos emprendieron la fuga poseídos de terror, y aun hoy dan un rodeo por evitar la vista de aquel lugar maldonado: con el auxilio de la imaginación se descubre sobre el peñasco la huella del pie del caballo.

Para bajar al valle, la roca está, por decirlo así, á pico: llegaré á él por medio de una escalera, si puede darse este nombre á un amasijo de piedras arrojadas unas sobre otras, y por una estrecha senda que conduce al puente del Diablo. Un poco más allá los peñascos aparecen más salvajemente encajonados, en particular siguiendo el camino de las cabras, en el cual hará bien en no engolfarse el que padezca de vértigos.

Al repasar el Bode, se llega á un punto muy notable denominado el valle de las brujas, siendo preciso para ello ir saltando sobre los peñascos que sobresalen en el lecho del río: este ejercicio muy fatigoso, obliga también á tomar grandes precauciones si no quiere uno esponerse á resbalar sobre las piedras limadas por la corriente de las aguas. Generalmente pocos son los extranjeros que se arriesgan á satisfacer su curiosidad á este precio. El valle es muy estrecho y en algunos puntos parece que no ha de tener salida; los peñascos que salen de la montaña toman las formas más fantásticas, imaginándose uno ver en ellas figuras colosales, unas recostadas y otras de pie. Cada una de aquellas moles tiene su historia imaginaria: todo en este país está sujeto á la leyenda y no es de admirar que los campesinos del Harz, que constantemente se entretienen en estas fabulosas historias, sean supersticiosos é inquietos cuando se trata de los *hexen* ó del diablo en persona.

Una escalera de cerca de mil doscientos tramos conduce al Hexen-tanz-platz (meseta del baile de las brujas). A la mitad del camino de la montaña descansé sobre uno de los peñascos que caen aplomo sobre el valle: á lo lejos reinaba una completa calma, y, cosa extraña, el rumor del agua que llegaba hasta mis oídos, me producía el efecto de una completa armonía: prestaba oído y me parecía oír el sonido de un instrumento que se confundía con aquel murmullo; lo que yo creía oír era una obra maestra de instrumentación. Al encontrar poco después en la montaña algunas cabras con collares de campanillas que sonaban á cada uno de sus movimientos, pude explicarme la causa de aquella sinfonía imaginaria.

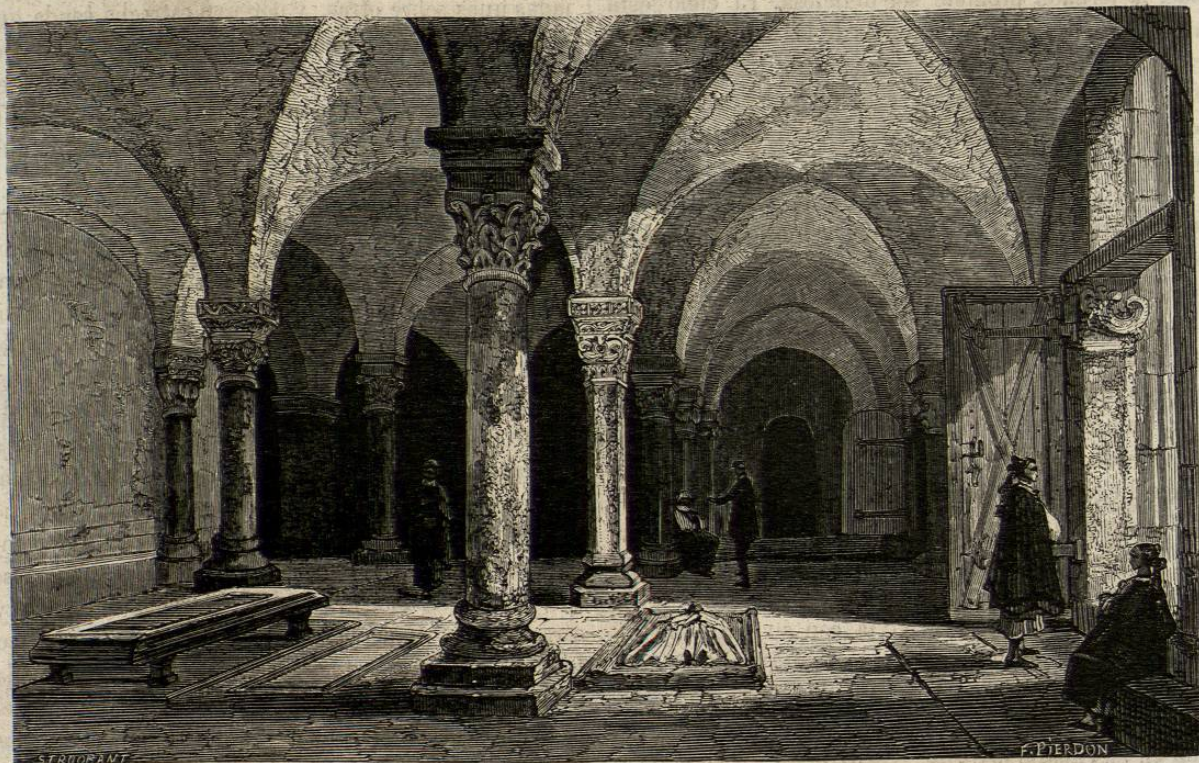
Por la noche llegué á Thale. La jornada fue buena y la contaré entre las mejores de mi viaje.



## VI.

Ultima visita á Halberstadt.—Un interior de familia.—Una falúa.—Wernigerode.—Casa de Ayuntamiento.—Plaza del Mercado.—Palacio del conde de Stolberg-Wernigerode.—El-bingerode.

De Thale me dirigí á Wernigerode volviendo á pasar por Halberstadt, quise dar el adios de despedida á aquella buena ciudad y á su antigua catedral.



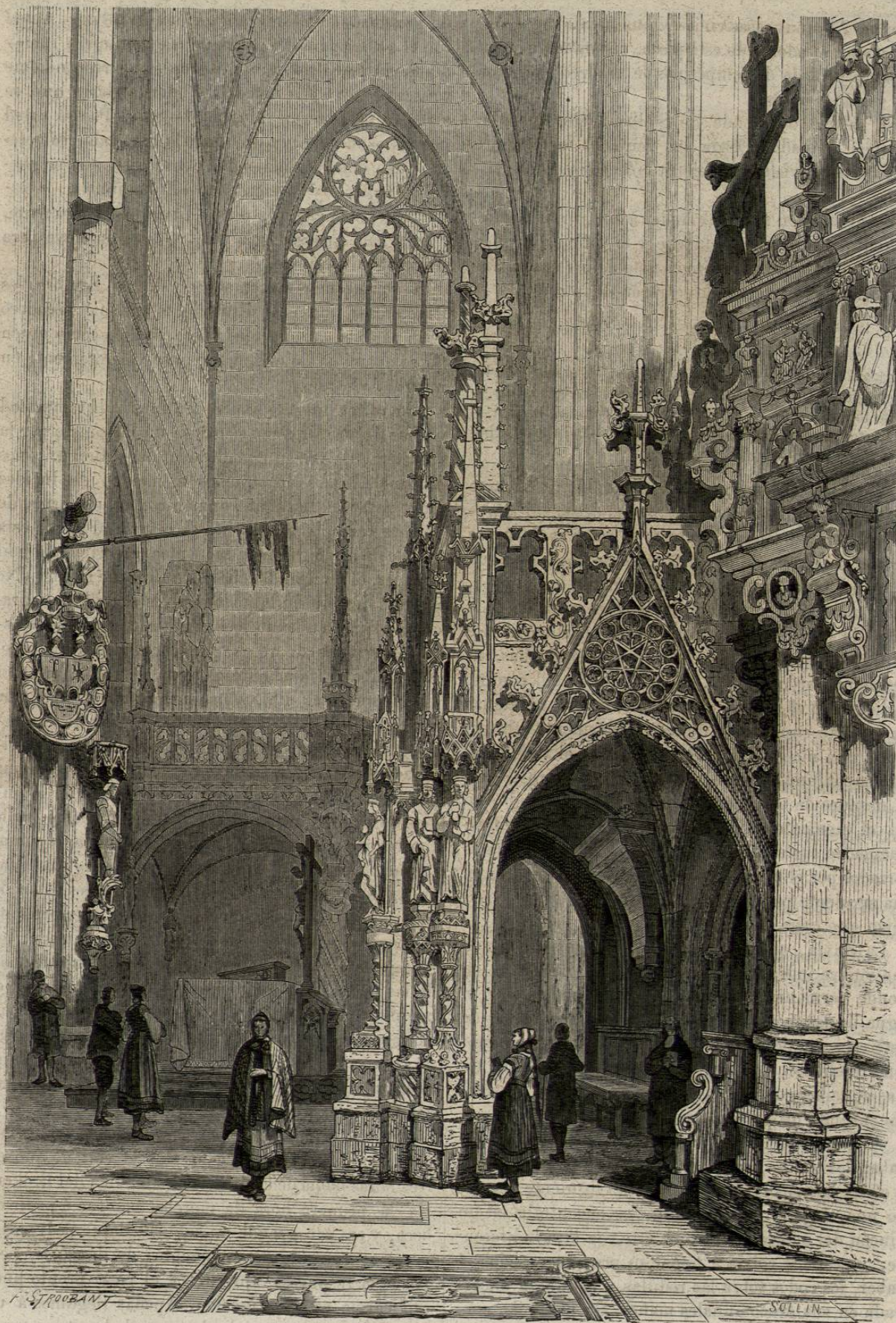
Iglesia subterránea del castillo de Quedinbourg.

espresiva que no pudo menos de llamarme la atención: por toda respuesta pronunció una sola palabra: «Waterloo!» Alarguéle la mano y nos despedimos como los mejores amigos del mundo. El olvidará ciertamente á este viajero que todos los días visitaba la catedral y de mañanita iba á llamar á los vidrios de su ventana en donde se ostentaban cuidadosamente colocados, dos magníficos geráneos encarnados; por lo que á mí toca, siempre me acordaré de aquel veterano que vive en paz con su buena y antigua compañera, y de su blanca y amable hija que me encantaba con las *lieder* del país cantadas con acompañamiento de un viejo clavicordio en el cual sobresalía con orgullo el nombre del fabricante sobre el rigoroso rótulo de *piano forte*, circundado de rasgos cuyo modelo debió haber sido suministrado por algún antiguo maestro de escuela de Halberstadt. El siguiente día partí para Wernigerode en una falúa, en compañía

El *kuester* de la iglesia se manifestó tan contento al volver á verme, acordándose de mi admiración por su antiguo monumento, que se empeñó en llevarme á su casa para presentarme á su mujer y á su hija. Aquel campechano anciano llevaba prendida de un ojal de su chaqueta la cinta de una orden prusiana; preguntéle si la había ganado en alguna acción de guerra y me dirigió una mirada tan tristemente

de un traficante en caballerías, de un profesor de retórica y de un farmacéutico: el uno hablaba de sus bestias, el otro de sus discípulos, y el tercero de sus drogas. Por lo que respecta á mí, hablaba del Broken para proporcionarme algunos pormenores, pero se hallaban mis tres compañeros tan deseosos de darme á conocer sus talentos y productos, que me fue imposible el sacar utilidad alguna en todo el viaje.

Detúvose la diligencia, se apearon los viajeros y sus equipajes frente al parador de Postas, y me instalé al punto en *Weisser Hirsch*. La casa de Ayuntamiento, que veo desde mis ventanas tiene buen aspecto, y su construcción data del siglo XVI. De los ángulos del edificio se elevan dos torrecillas unidas por un balcon, sobre el cual se encuentran algunas esculturas en madera, perfectamente ejecutadas. Una escalera de dos tramos conduce al interior del edificio que es mas pintoresco que monu-



Interior de la iglesia de Halberstadt.



mental. Algunas casas viejas y una fuente de bronce completan el adorno de esta plaza, encantadora cuando se ve poblada de campesinos de los alrededores con sus variados trajes.

El palacio del conde de Stolberg-Wernigerode, está bien situado. Desde sus ventanas se descubre una hermosa vista, y encierra colecciones muy notables.

Una escursión á Elbingerode, á las grutas de Rabeland, y regreso por Schierke y el valle de Renneberg: este último punto es notable por sus variados sitios, pero los otros dos carecen de interés.

## VII.

Llegada á Ilsenburgo.—Un guía del Broken.—Partida.—El Ilsestein.—Descripción del Ilse.—Tempestad en la montaña.—Efecto imponente.—El Brokenhaus.—Altura del Broken.—Cuentos populares.—Espectro del Broken.—Bajada.—Carbóneros del Harz.—Harzburgo.

Héme ya en marcha para el Broken: el tiempo que se había mantenido muy bueno desde mi llegada al Harz, se vuelve sombrío: el calor es sofocante y caen pesadamente algunas gruesas gotas de agua en el polvo del camino que al momento las absorbe. No se mueve ni una hoja; los árboles situados á lo largo de los lados del camino aparecen silenciosos é inquietos y se amontonan en el horizonte muchas nubes de un pardo verdoso. A la izquierda del camino se distingue el Broken en una cordillera de montañas cuya parte superior se destaca fuertemente sobre el cielo; una niebla aplomada cubre todo el valle en el que se confunden todos los detalles. Apresuro el paso y despues de una buena marcha llego á Ilsenburgo en el momento en que empieza á llover á torrentes: encuentro instalados en la posada á muchos viajeros forzados por el tiempo amenazador á esperar hasta el día siguiente para subir el Broken, y todos me aconsejan que haga lo mismo.

La lluvia, que continúa cayendo en abundancia me vuelve indeciso y me sitúo bajo un cobertizo, en donde permanezco una hora larga viendo bajar el agua de las montañas inmediatas. La monotonía de este espectáculo me hace mas incapaz aun de tomar una resolución, y entro en la posada: la vista de todas aquellas gentes disgustadas y de áspero aspecto, me infunde un poco de energía.

Al punto me introduje en la habitación donde estaban los guías, los cuales poniéndose de pie vinieron á ofrecerme sus servicios para el día siguiente, excepto uno, bajo y rechoncho que se encontraba en un rincón del cuarto. Mirábame éste con aire indiferente, y despues volvía á tomar su primera posición; á saber, los codos sobre las rodillas y la cabeza encerrada en sus descomunales manos. Su pelo rojo, cortado á punta de tijera, y su barba de un color leona-

do prestaban á su fisonomía un aspecto salvaje. Aquel fue el guía que elegí para que me condujera inmediatamente al Broken: á mi proposición respondióme bruscamente: «¿Es usted tan buen andarín que se atreva á proponerme este viaje?—Sí.—¿Pasará usted por las sendas en vez de tomar la detestable carretera?—Sin duda alguna.—Pero es el caso, que no puedo ya bajar hoy la montaña.—Enhorabuena, le esperaré á usted algunos días.» Levantóse lentamente, calzóse sus gruesas polainas, y sacó su llave para guardar mi equipaje.

Al verme llegar acompañado de mi hombre, los forasteros se rieron con disimulo, tomando el posadero gran parte en su hilaridad, pero yo hice como quien no se apercebía de ello, y me puse valerosamente en marcha.

Llovia por intervalos; pero continuaba la tempestad que se dejaba oír como si pasase un carrozato por la carretera. De vez en cuando aclaraba el tiempo y nos aprovechábamos de aquellos momentos de lucidez para pasar el Ilsestein, inmensa roca en forma de pico de cerca de 2,500 pies de altura: al pie de esta mole colosal de granito, serpentea describiendo mil círculos, el río Ilse, del cual dice Enrique Heine: «No podrian describirse la jovialidad, la sencillez, la gracia con que descende locamente el Ilse sobre los extraños grupos de rocas que encuentra á su paso. Aquí silba salvajemente el agua, ó forma círculos espumosos, mas allá, salta en puros arcos por una multitud de hendiduras como por los ojos de una regadera, brincando sobre las piedrecitas como una vivaracha niña. Sí, la tradición es cierta; el Ilse es una princesa que baja con la risa y la frescura de la juventud las pendientes de la montaña ¡Cómo brilla con los rayos del sol su blanco ropaje de espuma! ¡Cómo revolotean á impulsos del viento las plateadas cintas de su seno! Los corpulentos árboles están de pie junto á ella como padres graves que interiormente se sonrien de las travesuras de la niña mimada: los blanquizeos álamos se balancean con la satisfacción de las buenas tias que temen los saltos peligrosos: el orgulloso roble contempla todos estos juegos como un tío regañon que habrá de pagar los gastos de la gira de campo: «¡Oh! llévanos, llévanos contigo buena hermanita!...» «Pero la juguetona jóven se aleja triscando sin descanso.»

Bajamos rápidamente por el valle hácia una escarpada senda la cual debía acortar el camino que en tres horas había de conducirnos á la cima del Broken. Ea la primera hora de marcha todo fue á pedir de boca, y era tan grande mi seguridad que pedí varias veces al guía algunos momentos de descanso, pero por toda respuesta, apresuraba el paso: pronto pude explicarme esta obstinación. Apenas llegamos á un grupo de rocas, separadas las unas de las otras, cuan-

do la tormenta, que hasta entonces solo nos había amenazado, estalló con todo su furor. Un viento espantoso nos cortaba la cara, el agua se despeñaba de la montaña en impetuosos torrentes que arrastraban en su curso los árboles hechos pedazos, y el estruendo del trueno hacia retemblar la montaña. Momentáneamente nos vimos arrollados por tan violentos torbellinos que para resistir á ellos tuvimos necesidad de andar fuertemente estrechados los dos. Al llegar á la altura, en donde desaparece toda vegetación, redoblaban las ráfagas, y los rayos parecían deslizarse á nuestros pies á lo largo de la montaña. Seguíamos subiendo con paso firme y regular sin decir palabra, y despues de una hora de marcha, se descubrió ante nosotros un nuevo y magnífico espectáculo: teníamos sobre nuestras cabezas un sol espléndido, y la tormenta á nuestros pies: la escena era grande y magestuosa, las nubes se precipitaban unas sobre otras. De vez en cuando, aparecía el pico de una roca y desaparecía despues inmediatamente como en un mar furioso. El frío que sentíamos vino á sacarnos de aquella contemplación y nos encaminamos mas que de prisa hácia el Brokenhaus cuyo tejado se descubría sobre un declive del terreno: no tardamos en llegar allí mojados de pies á cabeza. El posadero, que nos había distinguido de lejos nos esperaba á la puerta y nos condujo á una buena habitación, en donde brillaba una consoladora lumbre, y no tardamos en olvidar la penosa subida que acabábamos de hacer.

Por la tarde exploré la montaña á fin de conocer los diferentes puntos que me proponía ver el día siguiente.

El Broken, que se eleva 3,580 pies sobre el nivel del mar, es la montaña mas alta de esta parte de Alemania, y en la opinión de las gentes del país pasa por ser el punto de reunión de las brujas. Segun un cuento popular, cuya tradición se remonta á los tiempos mas antiguos, las brujas se reúnen todos los años en la cima del Broken la noche del día 1.º de mayo, denominada en Alemania Walpurgisnacht, bajo la presidencia de su señor y maestro Satanás. Todos los peñascos del Broken llevan un nombre que recuerda aquellas escenas nocturnas: la *silla del diablo*; el *altar de las brujas*; el *salón de baile de las brujas*, etc.

Goethe dió celebridad al Broken. Al apuntar el día una mañana del mes de noviembre del año 1777, y á pesar de la nieve que caía en gruesos copos, montó á caballo y se dirigió á la cima, viaje que emprendió no tanto por ver la célebre montaña, como por encontrarse sin ser conocido, con un jóven que padecía de hidropesía, el cual, despues de haber leído á Werther, le había escrito muchas cartas amargas y poco sensatas.

Entonces contaba Goethe veinte y ocho años, y

durante aquella escursión, ó al regresar de ella, fue cuando escribió una poesía de la cual reproduzco el siguiente trozo.

«Ciérnase mi cantar en los aires, semejante al buitre que reposando sus ligeras alas sobre las pesadas nubes de la mañana espía su presa...

»La caza salvaje se estrecha en el umbrío zarzal, y los héroes hace mucho tiempo que, como los verdones, se han sumergido en sus pantanos...

»Pero ¿qué veo? Su huella se pierde en el abrigo; detrás de él agitan sus ramas los arbustos, el Jarulfo vuelve á levantarse, la soledad le traga.

»¡Ah! ¡Cómo curar los dolores de aquel para quien el bálsamo se convierte en veneno; que en las oleadas del amor se ha empapado de misantropía! Despreciado de los hombres á quienes, á su vez, desprecia, devora en silencio su genio en un insaciable egoísmo.

»Si hay en tu lira, ¡oh padre del amor, sonidos que puedan llegar á su oído, consuela su corazón! Descubre á sus ojos, envueltas en nubes las mil fuentes que saltan en el desierto junto al hombre que padece....

»¡Envuelve al solitario en tus doradas nubes, y mientras la rosa vuelve á abrir su capullo, corona, amor, con hojas invernales la húmeda cabellera de tu poeta!

»Con el resplandor de tu antorcha, noche, le alumbras al través de los arroyuelos, en las impracticables sendas y en los desiertos campos; con la aurora de mil colores sonries á su alma; con la tempestad furiosa le trasportas á las alturas; los torrentes del invierno se precipitan de los peñascos y responden á sus cantares;—la nevada cabeza de la imponente cima que los pueblos crédulos han coronado de círculos fantásticos, se trasforma para él en el altar del mas tierno reconocimiento.

»Montaña de desconocidos contornos, tú te levantas misteriosa y descubierta ante el mundo asombrado, y contemplas desde las nubes sus rayos y su gloria, ó viertes los arroyos que tus hermanas vecinas derraman de sus venas.»

Una de las escenas mas fantásticas del Fausto pasa en el Harz sobre las minas y en la cima del Broken. Fausto cruza los aires con Satanás:

*Mefistófeles*.—Asete con fuerza á la falda de mi capa. Ya estamos en el centro, desde donde se ve con admiración á Mammon que resplandece en la montaña (1).

*Fausto*.—¡Un resplandor crepuscular vacila tristemente en el fondo de los valles y se desliza hasta los mas profundos abismos! Allí se levanta una nube de

(1) Alusión á las minas.